



LOS PLATANEROS

Entre olores y mareos



DOI: 10.19136/cz.a15n31.6115

Soledad Gómez Sánchez*

Eran las 5:15 de la mañana. Las personas que iban a trabajar murmuraban, se preguntaban el porqué el chofer de la camioneta se había tardado casi media hora. “¿Será que le pasó algo?”, dijo junto a mí un hombre que portaba un cigarrillo de marihuana en la boca. Su aspecto era delgado y tenía una cicatriz en el brazo, pantaloncillo corto, una playera que decía partido verde, de esas que dan cuando un partido político quiere postular para presidente en la zona de Ixtapangajoya, Chiapas. En ese momento, sentí miedo, no dejaba de mirarme, al menos eso logré percibir. Tal vez porque me vio con zapatos y mi forma de vestir no eran los indicados para ir a trabajar en la platanera.

4

Cinzontle

Carmen, mi vecina, se admiró de verme y con una sonrisa sarcástica en su rostro pude ver que se estaba burlando, preguntándome “¿no que estabas estudiando? yo te hacía trabajando en una oficina con clima y dando órdenes”. Le contesté que todavía no acababa la universidad, tenía problemas económicos y como diera forma necesitaba dinero para seguir cubriendo las necesidades que tengo como estudiante. Le seguí contando que Lupe me dijo que fuera a pedir trabajo, yo necesitaba que ella se convenciera de lo que yo estaba diciendo.

Lupe me dijo que ella se lleva con todos, y que si le contaba la verdad, de cuál era el motivo por el que yo iba a ir a ese lugar, ella podría echar a perder mis planes porque se lo informaría a Lázaro y no me darían trabajo, me correrían groseramente. La camioneta que llevaba a los plataneros por fin llegó, puedo decir que Dios me salvó, así Carmen ya no seguiría cuestionándome con sus preguntas. Comencé a creer que no era de su agrado y sólo me habló para saber por qué quería trabajar en la platanera.

*Egresada de la Licenciatura en Comunicación, de la Universidad Juárez Autónoma de Tabasco. Ha participado como colaboradora en diferentes proyectos de investigación a lado de profesores investigadores.

Correo electrónico: soledad.gomez.sanchez11@gmail.com

Los trabajadores comenzaron a subir apresuradamente, con empujones y gritos de apuros al querer entrar al transporte. No entendía por qué lo hacían, si de todas maneras el chofer nos tenía que esperar, hasta que comprendí que entre ellos tienen una regla, el que sube primero ocupa un asiento. Vi que varios hombres se sentaron y no fueron capaces de darle prioridad a las mujeres, yo era una de ellas.

Durante el transcurso del camino, que fueron 50 minutos, varios hombres comenzaron a fumar marihuana, y el que no llevaba le gritaba a su compañero “*¡saca la bacha!*”, entre ellos se compartían y le daban al que no tenía. En momentos de desesperación quise bajarme, el asco se apoderó de mí, tenía la nariz irritada y sentía la cabeza enorme, un pesor muy grande. Le dije a Lupe que me sentía mal y me respondió “*allá se te van a quitar los malestares*”. Sentí que esos minutos fueron eternos, muy eternos, parecía que habían pasado horas y los pies me dolían de estar parada, tal vez porque no estaba acostumbrada a lo que vivía. En esos desgraciados momentos, cuando llegamos a la platanera *La Candelaria*, Lupe vio en mi rostro lo mal que me sentía. Le comenté que todo me dolía y ella me ofreció tomar una pastilla, era un flanax de 550, que es muy bueno para los dolores, y sin pensarlo dos veces lo acepté. Luego, me llevó con Lázaro, el jefe de empaque, pero en especial es el supervisor principal de las empacadoras. Él me preguntó qué trabajo sabía hacer. No recordaba con exactitud lo que me había dicho Lupe, y le contesté que sabía quitarle la flor al plátano, “eso se llama desflorar”, me dijo, yo le contesté que era rápida en lo que hacía. “*¡Contratada! pero ¿quieres de planta o por días?*” yo le respondí que por días, pero que al día siguiente asistiría, porque no llevaba ropa y no sabía si me iban a dar trabajo. Se dio la vuelta y comenzó a decirle al personal de trabajo que se apuraran todos, parecía que tenía mucha prisa.

Recuerdos inolvidables

La joven se sentó en el comedor de aquella platanera y comenzó a recordar los sucesos que habían marcado su vida. A pesar de que percibía la platanera como un lugar inseguro, no podía negar que sus colores y todo a su alrededor era bello, hermoso, cubierto de plantas de plátano con ese color verde, intenso y apasionado. Por otro lado, se vinieron a su memoria los dos recuerdos que hicieron que odiara tanto ese sitio. El primero fue cuando asesinaron a su prima. Su muerte fue tan desgarradora y conmovedora, le quitaron los sueños a una joven de tan sólo 22 años que trabajaba todos los días para darle lo mejor a su hijo de un año. Nadie supo quién fue o cuál fue el motivo de querer terminar con la vida de una persona alegre, amistosa y con muchas ganas de salir adelante, a pesar de las adversidades que se le presentaron durante el transcurso de su vida.

El segundo recuerdo fue sobre un sábado del año 2020. Ese día se despertó a las seis de la mañana. Lo primero que hizo fue checar el teléfono, vio que había muchas llamadas perdidas y mensajes de WhatsApp que decían “*¿no está contigo mi hermano? no llegó a dormir, contesta*”. Cuando le enviaron esos mensajes eran las dos de la mañana. A esa hora ella estaba en su profundo sueño, así que nunca escuchó su teléfono sonar. Le escribió de inmediato que no

sabía nada de él. El hermano de esa persona era su mejor amigo, parecían uña y mugre al siempre andar juntos. Se preocupó bastante porque él era un chico sin vicios y mucho menos era alguien que durmiera en otro lado fuera de casa. La joven ya no recibió otro mensaje ese día y por momentos quiso ir a su casa para saber qué había ocurrido, pero no pudo, ya que se encontraba en Mérida. Después, él le contó por messenger todo lo que le había pasado, que dos hombres con aspecto tatuado, altos y drogados quisieron asaltarlo. Ellos llevaban una navaja, con la cual querían apuñalarlo para poder robarle sus pertenencias.

El amigo continuó diciendo que esa noche logró zafarse, corrió hasta meterse en una poza de agua que había en la platanera y se cubrió con hojas secas de plátano. Allí paso la noche, hasta que decidió salir en la madrugada y le pidió ayuda a un hombre que vivía en la platanera, quien lo ayudó de inmediato. Lo llevó hasta su casa y su madre lo recibió llorando. Pensó que habían matado a su hijo, debido a la famita de la platanera, de que la inseguridad ya era algo común del lugar.

Cuando recordó aquellas anécdotas, tuvo muchas ganas de llorar, un enorme nudo se formó en su garganta. Le pidió a Dios que bendijera a las personas que se ganan la vida honradamente allí, porque no es fácil trabajar en un sitio donde no sabes si regresarás a casa.

El jefe y su autoridad

Lázaro vio que yo estaba tomando fotos, se acercó y me gritó *“si no vas a trabajar hoy, te pido de favor que te vayas y que guardes el teléfono. Esto no es una zona turística para querer venir y tomarte una fotografía”*. Le dije que me llamaba mucho la atención la platanera y que por eso tomaba fotos, siguió diciéndome *“pronto te hartarás de ella. Hazme el favor y vete, me distraes a los que sí están trabajando”*. Sentí pena y miedo porque me había regañado con una voz muy fuerte. Tomé mi bolso y salí con una gran tranquilidad recorriendo todo mi cuerpo. En mi mente seguía presente el mal momento que viví, pero también una sensación de alivio al dejar atrás aquel lugar que me provocaba tanto pavor.

En la tarea diaria desde la infancia

—Tuve la oportunidad de estudiar. Mi madre me motivaba al decirme que primero son los estudios. A pesar de que mi jefe había muerto, mi madre buscaba la manera para que yo entrara a la escuela, pero no quise, prefería trabajar que estudiar. Empecé a trabajar cuando tenía 10 años —dijo Cornelio Díaz con las manos en el bolsillo y su mirada fija, actuando como un hombre mayor muy seguro de sí mismo, aunque la gorra portada hacia atrás le devolvía el aspecto de jovencito. La playera color café dejaba al descubierto sus brazos algo sucios y experimentados en el trabajo duro.

—Ahora tengo 16. Llevo seis años trabajando en la platanera, empecé trabajando en el rancho El Recreo y ahora estoy en San Cayetano, ambas le pertenecen al estado de Tabasco, mu-

nicipio de Teapa. Salgo de mi casa a las 4:40 de la madrugada para agarrar la camioneta donde me llevan al trabajo, ya que como vivo aquí en Ixtapangajoya, es una hora que se hace para llegar. Cuando hay jornal, termina mi hora de trabajo a las 2 de la tarde.

—*¿Jornal? ¿qué es jornal?* —pregunté con curiosidad.

—El jornal es el desmonte, limpiar todos los hijuelos del plátano, quitarle las hojas secas que tienen.

Sé que Cornelio conoce muy bien el trabajo, pero sonó indiferente. Cuando me explicó, sus manos gesticularon como un experto. Después, se removió en la silla y adoptó una posición relajada.

—Pero si hay corte, termino de 6 a 7 de la noche, porque se trata de cortar racimos grandes de plátanos que se exportan a otros lugares. Aunque termine a las 7, llego a mi casa de 10 a 11 de la noche por culpa de Toño. Él es el jefe de empaque y tiene que esperar a todas las personas que trabajan en la empacadora y a los que suben los cartones de frutas al tráiler. Hemos reportado esta situación, pero no nos toman importancia, porque no hay otra ruta que lleve a las personas que están en la empacadora. Allí tenemos que esperar cinco horas a Toño para poder venirnos a nuestras casas.

—*¿En la platanera sólo trabajan hombres o hay mujeres?*

—Sí hay mujeres trabajando, pero se presentan sólo cuando hay corte, porque ellas se dedican a desflorar, selectar, pesar y empacar los plátanos, cuando es jornal no asisten. Conchi, mi amiga que trabaja en la empacadora, me contó que le pagaban muy poco, 250 pesos el día y son 14 horas que pasa parada. Por eso yo prefiero trabajar en el campo de la platanera, gano a veces de 600 a 650 pesos, depende de las cargas de plátano que yo haga. Le tengo que meter velocidad porque si quiero que me paguen esa cantidad tengo que meter de 20 a 23 cargas. Cada carga contiene 23 racimos de plátanos y tengo que ponerlos en los rodos para ir jalándolos a la empacadora, los rodos son como un gancho donde ensartamos cada racimo de plátano. Es un trabajo muy pesado, pero con el tiempo uno se acostumbra y me deja más dinerito a comparación del jornal que pagan menos.

—*¿Existe la discriminación en el trabajo?*

—Sí, pero sucede más que nada entre los trabajadores, ofendiéndose con apodos porque entre ellos se dan al relajo. Como yo no me doy el relajo con nadie, respeto y me respetan. No soy así como ellos, sólo sé comportarme.

Me llamó la atención cómo un joven de tan sólo 16 años tenía tan arraigado un valor tan esencial como el respeto.

—*Cornelio, ¿las personas que trabajan en la platanera se drogan para tener mayor rendimiento en su labor?*

—La verdad esa madre sólo la consumimos para relajar el cuerpo, porque igual sentimos el cansancio y asoleo—. Encontré una sonrisa en su rostro, pareciera que recorda-

ba lo que él hacía. —Yo tengo el vicio de consumir la marihuana y el cristal, pero cuando empecé a consumir estas sustancias era adicto, ahora he dejado de hacerlo frecuentemente. Ya no las uso todos los días como antes, a veces pasa un mes y vuelvo a consumirlas.

La nostalgia de la adolescencia

José Luis Díaz, ex trabajador de la platanera, relata cómo fue para él trabajar en un lugar donde existe la explotación laboral.

—Era sólo un niño de 13 años cuando empecé a trabajar en la platanera, pero de igual forma estudiaba. Dejé de laborar porque me enfoqué en mis estudios. Me levantaba a las 3:30 de la madrugada para estar a tiempo cuando la camioneta llegara. Salíamos de joya a las 4:00 de la mañana en punto para estar llegando a las cinco y comenzar a trabajar. Nuestro horario de salida variaba, a veces era a las 4 o 5 de la tarde. A esa hora ya habíamos terminado de trabajar, pero a nuestras casas llegábamos a las 7 o 8 de la noche, porque debíamos esperar a las personas que estaban en la empacadora hasta que terminaran su trabajo, para que todos nos fuéramos en la misma camioneta.

El joven adoptó una posición relajada desde el comienzo. Apoyó su brazo izquierdo en la silla donde se encontraba sentado y con la mano sostenía su cabeza. Parecía cómodo mientras contaba su experiencia y disfrutaba ser escuchado.

—Trabajé en tres plataneras diferentes, La Candelaria, El Recreo y San Fernando. La Candelaria era un rancho muy grande, no como los otros dos que eran muy pequeños y con poco personal. Cuando comencé a trabajar ahí, me pagaban muy poquito, me daban 150 o 120 pesos al día, era trabajo que parecía simple, pero en realidad estaban muy pesado. Consistía en ponerle un colchoncito a la penca de plátano, para que no chocara una con otra porque se maltrataba la fruta. Esos colchones estaban mojados y metidos en costales grandes, es como si metieras ropa mojada en un costal y eso pesa mucho —expresa agobiado al recordar. Hubo una semana que trabajé completa y me debieron de haber pagado 1180 pesos, pero de ese sueldo que debía recibir sólo me dieron 800 pesos. Cuando le reclamé al capataz, me dijo -ese es el sueldo que te toca, si no te gusta allí déjalo-, no pude hacer nada al respecto.

Luis dejaba ver en su mirada un mal recuerdo. La expresión en su rostro, con los dedos en la boca y las piernas inquietas en constante movimiento demostraban que seguía molesto, a pesar de que sucedió hace varios años. Sin duda, es un recuerdo que sigue muy vivo en su memoria.

—¿Por qué seguiste trabajando en la platanera?

—Todos trabajamos por necesidad, aunque más que necesidad es que aquí en Ixtapangajoya no hay otro centro de trabajo, así que la mayoría de las personas acuden a la platanera. Además, yo era menor de edad, tenía que ayudar a mis padres en el sustento económico. El sueldo de mi papá alcanzaba, pero necesitábamos cubrir todas las necesidades que había en mi casa, como seguir estudiando cómodamente.

—¿Alguna vez escuchaste hacia dónde se exporta la fruta de los plátanos?

—En las capacitaciones que nos daban, nos decían que se exportaba a Estados, Unidos, Euro-

pa, Asia y China. Esas capacitaciones sólo las recibíamos cuando iban a supervisar la empresa, mientras no. Era la auditoría por parte del gobierno que le hacía a la empresa para saber si le ofrecían al trabajador condiciones de calidad, horas justas, si les pagaban las horas extras, si cubrían las necesidades sanitarias. Esas auditorías se hacían dos veces al año, también se checaba que no hubiera menores de edad trabajando.

—¿Qué hacía la empresa para no que no sospecharan que tenían menores de edad trabajando?

—El personal de la platanera ya sabe cuándo va a llegar el auditor, y lo que hacen los encargados es decirles a los menores de edad que no se presenten a trabajar. Lo peor de este caso es que no les pagan su día.

José aún se siente molesto al recordar que él fue uno de los niños obligados a faltar al trabajo y perder su sueldo, debido a las mentiras y juegos sucios de la empresa que no cumplía con la ley. —¿En la platanera brindan equipo de protección al personal cuando usan productos tóxicos?

—Sí lo dan, pero sólo cuando hay auditorías. Cuando terminan, ya ni se acuerdan de nada. Los productos que utilizaba eran bunema y ácido peracético. Una vez, le dije a un ingeniero que cuando yo inyectaba las plantas, el producto me dañaba la vista, prácticamente me quemaba la cara. Él me contestó: “no pasa nada, tú ya quieres que te anden dando todo, ni que fueras muy sensible”.

Entre plátanos y realidades

Esta es la realidad de muchas personas en Ixtapangajoya, expuestas a constantes peligros como el consumo de drogas, accidentes y delincuencia. Entre las enormes hojas y racimos de plátanos, belleza natural que nuestra tierra produce, habitan los trabajadores de la platanera día y noche. A pesar de su ardua labor, representan esa parte invisible de la sociedad, de quien nadie se preocupa y a quien nadie apoya. Deben conformarse con un empleo tan injusto como desgastante, al no haber otras oportunidades cercanas, porque la necesidad de sustentar a las familias para vivir nunca se termina.

